

y tendría un verdadero placer en que me acompañaseis mañana.

Felipe la dió las gracias por una muestra de confianza tan particular, que le conmovió hasta el fondo de su corazón, como se hubiera conmovido á su edad y en su lugar el lector que sorrie.

—Y ahora (replicó la joven), tengo que desnudarme. Conque, dadme un apretón de manos, y marchaos.

IV.

Al día siguiente, á la hora de la cita, Felipe de Boisvilliers estaba en casa de la joven actriz, á quien ya encontró dispuesta para salir. El traje negro con que se había vestido, adecuado al caso, hacía resaltar la elegante distinción de su belleza. Tenía un aire de dicha, de candidez y de recogimiento, que parecía una joven patricia que se dispone á cumplir un gran acto de devoción.

Hay mucha distancia desde la calle de Tronchet al cementerio de Mont-Parnasse, y el joven se deleitaba con el pensamiento de estar un largo rato en compañía de su ídolo, cuando oyó que la actriz pedía un coche de cuatro asientos. ¡Llevaba consigo á la dichosa doncellita!

Cuando Felipe, consternado, vió que la terrible muchacha tomaba asiento enfrente de él, creyó apereibir en sus labios una sonrisa de demonio.

¿Por qué llevaba la joven á su doncella? Esto no lo supo nunca. Las mujeres tienen malicias sutiles y profundas, de que guardan siempre el secreto.

En presencia de aquel testigo inoportuno, la conversación fué naturalmente lánguida, versando casi toda sobre la representación de la vispera. Así es que, después de semejante aburri-

miento, Felipe distinguió con alegría los cipreses y cruces que anunciaban el término de su paseo.

Mary Gérald dijo á su doncella que esperase en el coche, y saltando con ligereza á la acera que rodeaba las tapias del cementerio, se detuvo delante de una de esas tiendas en que venden coronas de siempre-vivas, flores simbólicas y objetos fúnebres.

—Había pensado (dijo la actriz con aire triste) traerla los ramos que me echaron ayer en el teatro; pero no, no se debe mezclar lo alegre y lo triste.... Violetas y alhelies, esto conviene más con la modestia y sencillez que tenía mi madre.... Eso es.... Compradme violetas y alhelies, Felipe, y pagadlas de vuestro dinero.... ¿Oís? Quiero que sean de vuestro dinero...., y, además, esta corona de hojas con pen-

samientos dentro; así, ¡muchas gracias!

La joven se pasó la corona por un brazo, y seguida de Felipe, que iba cargado de ramos de flores, entró en el cementerio, y después de atravesar la avenida principal, se internó en un espeso laberinto de tumbas, y recorrió con ligero paso los estrechos senderos, sin perder ni un instante la gracia incomparable de sus movimientos.

Por fin se detuvo delante de un monumento muy modesto, que se componía de una cruz de piedra y una lápida rodeada de musgo, y todo cercado por una barandilla que servía para apoyarse.

—Aquí es,—dijo la joven muy bajo.

Y quitando la corona marchita que había colgada en uno de los brazos de

la cruz, puso en su lugar la otra que traía; después se volvió hacia Felipe para tomar las flores que éste la tenía, y dijo con emoción:

—Tal vez no os parecerá muy buena la sepultura de mi madre; pero es todo lo que he podido ir haciendo...., y con gran trabajo; y, sin embargo, ¡la amo tanto!....

La joven sembró con un movimiento gracioso las violetas y los alhelíes sobre el pequeño cerco de musgo, y arrodillándose en el suelo con una actitud á la vez sincera y un poco teatral, posó sobre la barandilla su frente cubierta por sus dos manos, y pareció meditar ó rezar. Después de algunos minutos se levantó, y recogiendo de la tumba uno de los ramitos de violetas, le colocó en su seno. Entonces hizo á Felipe una seña con la cabeza, y emprendió

su marcha, deslizándose al través de las tumbas y monumentos.

Cuando llegaron hasta el coche que les había llevado, Mary pareció vacilar un momento, y, consultando su reloj, miró al cielo, y se dirigió de pronto á su doncella.

—Elena (la dijo), haceos conducir á la calle de Tronchet, que yo vuelvo á pie.

Después interrogó á Felipe con la mirada, y le dijo :

—¿Os parece bien?

Debió leer en los ojos de su joven compañero que le parecía perfectamente, porque se colgó de su brazo con abandono, y se encaminaron juntos hacia París, siguiendo los boulevards exteriores.

Mary estaba alegre como un pájaro, y se detenía delante de los solares,

delante de las largas filas de árboles y de las entradas de los pequeños restaurants del barrio, diciendo que se moría por vivir en el campo. Á propósito de esto le preguntó á Felipe por su país natal y su familia, escuchando con afectuoso interés la descripción que él la hacía de los viejos castillos perdidos entre los árboles y de sus habitantes, entre los cuales omitió cuidadosamente nombrar á su prima Juana.

Por primera vez hablaba con confianza á la célebre artista, y por primera vez se mostraba á ella con todas las ventajas de su espíritu brillante y generoso, realizadas por la elegancia viril de su persona y por la aureola de su naciente gloria.

La joven le miraba con sorpresa, y se iba quedando cada vez más silenciosa.

Por fin llegaron al boulevard de los

Inválidos. Entre muchos grandes edificios de aspecto monástico que se suceden á derecha é izquierda, se ve (ó por lo menos se veía entonces) un pequeño pabellón, en el centro de un jardín cercado por una verja y por una espesa cortina de lilas, en toda la parte que da al boulevard. Este pabellón tenía su entrada en una de las calles laterales, y era una construcción del gusto italiano en miniatura, sólo con dos pisos y una terraza rodeada de su balaustrada de piedra.

Mary Gérald se detuvo allí bruscamente, y se aproximó á la verja.

— ¡Qué precioso es esto! (dijo). ¡Es un nido!....

Y aplicando su rostro contra la verja, dirigió una mirada á través de las lilas, cuyas hojas empezaba ya á desplegar el sol de Abril.

Al mismo tiempo la puerta vidriera del pabellón se abrió, y dos personas bajaron lentamente las gradas de la escalera; eran, según toda apariencia, los dueños del local: un caballero joven y una señora muy joven, ambos de aspecto distinguido y en elegante traje de mañana.

El joven, creyéndose muy al abrigo de ojos indiscretos, pasó un brazo alrededor de la cintura de su compañera, y se paseó con ella durante algunos minutos por delante del pabellón, hablando y sonriendo con una especie de tierna gravedad; ella le escuchaba meneando dulcemente su fina y rubia cabeza, haciendo con los labios lindas muecas de niña mimada. ¡Era una viñeta inglesa! ¡El amor bajo su forma más delicada, más graciosa y más casta!

Ya habían desaparecido tras un ángulo del pabellón, y todavía Mary Gérald continuaba con la frente apoyada en la verja. Cuando se volvió, Felipe vió que lloraba.

— ¡Dios mío! ¿Qué tenéis?—la dijo.

—Nada....; pero al ver tanta felicidad.... ¿Os habéis fijado? Son dos jóvenes recién casados, sin duda alguna.... Al pronto creí que eran hermanos....; pero no, me había engañado.... Esta escena me ha hecho pensar en vos.... Creía veros con vuestra amada mujercita.... ¡Es un cuadro hecho para vos!

— ¡Os ruego que no me volváis á hablar nunca de mi matrimonio!—exclamó Felipe, con un movimiento de mal humor, que hizo reír á la joven.

— ¡Oh, Dios mío! (dijo.) ¡No riñamos por eso!

Y enjugando sus lágrimas, se puso alegremente en marcha, apoyándose más fuertemente en el brazo de Felipe, é imitando á pesar suyo, mientras hablaba, por su instinto de actriz, el dulce balanceo de cabeza que había visto en la jovencita del pabellón.

Habían vuelto á su conversación jovial, ardiente y expansiva, confiándose, como dos escolares que se encuentran en vacaciones, sus gustos, sus simpatías y sus entusiasmos sobre todas las cosas de este mundo.

Cuando Felipe la dejó en la calle Real, delante de la puerta de casa de su modista, la dijo:

—¿Habéis notado que hemos hablado de todo...., excepto de amor?

—Sí (contestó la joven): le hemos olvidado. ¡Es lástima!

Y entró en el portal rápidamente.

Entonces Felipe sintió una pena horrible. Aquella encantadora, radiante y bien amada mujer desaparecía. Volvía á entrar en el torbellino, y París la recobraba. Es cierto que volvería á encontrarla; pero nunca tal como acababa de verla y de perderla; jamás tan cerca de su corazón, tan dedicada á él solo, tan completa, tan únicamente suya.

Todo había acabado para él; volvía á caer en el vacío, en la noche, en la nada. Estaba como esos pastores de la fábula, favorecidos un momento por una intimidad divina, á la que no pueden sobrevivir.

Exaltada hasta este punto su pasión, estaba bien dispuesto para hacer la primera locura que la ocasión le presentase, y en semejantes casos las ocasiones no faltan nunca.

Al día siguiente por la mañana, nuestro joven tuvo la idea de volver á emprender sólo el paseo que el día anterior había dado con Mary Gérald, volviendo al cementerio de Mont-Parnasse, y recorriendo toda la línea del boulevard, mientras recordaba con delicia las impresiones de la vispera.

Cuando llegó delante del pabellón del boulevard de los Inválidos, fué sorprendido al ver colgado de la verja un cartel, que decía lo siguiente:

*Pabellón amueblado.
Se alquila.*

Después de haber echado una mirada de curiosidad y llena de recuerdos al interior del jardín, iba á pasar, cuando una idea repentina le detuvo, haciendo subir la sangre á su rostro.

Vaciló, reflexionó algunos instantes, y finalmente se encogió de hombros, y se dirigió hacia la calle lateral, en la cual estaba la puerta de entrada del pabellón. Un portero de buen aspecto fumaba al sol delante de la puerta.

—¿Se alquila el pabellón?—preguntó Felipe.

—Sí, señor.

—Pero me parece que hace poco estaba ocupado.... por un matrimonio joven....; creo.

—Sí, señor. Son los dueños.... Un inglés y su mujer....; y les gustaba mucho vivir aquí....; pero la señora está un poco delicada, y se han ido á pasar un año á Italia.

—¿Entonces se alquilará por un año?

—Por un año, desde luego; pero tal vez pueda prolongarse el contrato, según las circunstancias.

—¿Puedo verle?

—Sí, señor.

El pabellón sólo contenía cinco ó seis piezas, todas de pequeñas dimensiones; pero amuebladas lujosamente y con un gusto exquisito.

Cuando hubieron acabado de visitarle, Felipe se informó, no sin enrojecer ligeramente, del precio que pedían.

—Diez y ocho mil francos (dijo el portero), pagados por adelantado, ó, por lo menos, lo correspondiente á los tres primeros meses.

Felipe recibía de su padre una pensión anual de siete á ocho mil francos; y aunque no estaba muy fuerte en aritmética, calculó, sin embargo, fácilmente que un alquiler de diez y ocho mil francos superaba á todos sus recursos.

En vista de esto, quiso reflexionar, y el portero tuvo la bondad de autorizarle para que reflexionara en el jardinito.

¡Ah! ¡no podía haber en el mundo lugar peor escogido para semejantes reflexiones!

Felipe veía aún sobre la finísima arena de las alamedas las huellas de los enamorados de la víspera. Recordaba la dulce escena del idilio que había llenado de lágrimas los bellos ojos de Mary Gérald. ¡Cómo resistir á la tentación de realizar el sueño que la había hecho llorar de envidia, de dar á la que amaba aquella sorpresa y alegría, de encerrarse con ella en medio de París en aquel retiro encantador, de trabajar allí á su lado, de confundir ambos en aquella hermosa soledad, en el seno de aquel ramo de

flores, sus amores, sus estudios y sus talentos!

Por fin, subyugado por tales pensamientos, se decidió á alquilar el pabellón; pero como aún no estaba completamente loco, y era siempre un hombre honrado, no acabó de decidirse hasta que estuvo bien persuadido de que tenía un medio asegurado para pagar el *terrible* alquiler de diez y ocho mil francos.

Felipe sabía que una obra que gusta en el teatro da al autor considerables beneficios; y como todo le hacía esperar un gran triunfo para la suya, y aun en el caso de que obtuviese sólo un éxito mediano, pensaba que le daría lo bastante para hacer frente á las obligaciones que contraía, tomó su partido, y pasó en seguida á la ejecución con aquella alegría que se expe-

rimenta en la edad de la fuerza y el vigor al echarse en brazos de una aventura peligrosa, y, sobre todo, en la que el amor está en juego.

Se dirigió en compañía del portero á casa de un notario de la calle de la Universidad, donde firmó el contrato de arrendamiento, después de previas explicaciones y de verificar el anticipo pedido.

El joven resolvió no asistir aquella mañana al ensayo, y consagrar á su instalación el resto del día. No tenía que trasladar de la habitación amueblada que había ocupado hasta entonces, más que un ligero mobiliario de su uso particular, que, con la ayuda de su criado, fué operación de un momento. Estos detalles le ocuparon, sin embargo, hasta la noche, y cuando, por fin, hubo tomado plena posesión de su

pequeño palacio, encontrándose en él, dueño y soberano, su fiebre desapareció, y mientras tomaba el fresco en su jardinito, tristes pensamientos comenzaron á atravesar por su imaginación como una bandada de pájaros fúnebres.

¿Qué sucedería si por casualidad la señorita Mary Gérald no participaba de su entusiasmo por la clase de vida que él acababa de organizar bajo un pie tan oneroso? ¿Y si rehusaba su concurso, si le dejaba solo en aquel rincón del edén? ¿Si le acogía con desprecio, con indignación? ¿Si se burlaba de aquel proyecto que había llevado á cabo con tanta ligereza?... Porque, después de todo, ¿sobre qué basaba aquel hermoso edificio que él había edificado con tanto trabajo? Sobre algunas palabras escapadas al más inconstante de los

seres—á una mujer—y á la más inconstante de las mujeres—¡á una cómica!

¿Cómo, por otra parte, y en qué términos podría hacerla conocer sus proyectos, dirigirla una proposición tan atrevida?... ¡No se atrevería nunca!

En resumen: antes de la noche, Felipe había sacado en conclusión, que había cometido un acto de pura demencia, del cual no tendría más remedio que llegar á arrepentirse.

Con estas reflexiones se durmió tarde, y cuando despertó al día siguiente, los pájaros cantaban entre las lilas del jardinito, y el sol sonreía sobre la verde alfombra de musgo; el alegre París madrugador, se movía ya en los largos y limpios boulevards.

Todo esto era capaz de animar á cualquiera, como animó á Felipe, que, volviendo á recobrar su alegría juve-

nil, almorzó con apetito, y después se fué al ensayo.

Mary Gérald llegó al teatro casi al mismo tiempo, y en cuanto le percibió entre bastidores, se dirigió hacia él.

—¿Por qué no habéis venido ayer? (le preguntó bruscamente.) ¿Habéis estado enfermo?

—No (contestó Felipe); pero estuve ocupado con mi mudanza.

—¡Ah! (dijo la joven con distracción.) ¿No vivís ya en la calle de Beaume?

—No. Supe ayer que el pabellón del boulevard de los Inválidos se alquilaba, y.... le alquilé.

—¡Cómo! (dijo Mary Gérald abriendo sus grandes y asombrados ojos.) ¡Eso no es posible!.... ¡Qué idea!.... ¿Y para qué?

—Porque me gusta todo lo que os place.

Mary Gérald, que tenía nobleza de sentimientos, y se había formado, por su franca conversación de la víspera, una idea bastante exacta de la situación de la fortuna del joven, tuvo un movimiento de violenta contrariedad. Sus cejas se fruncieron, y mirándole frente á frente, le dijo:

—¡Estáis loco!.... ¡Os aseguro que estáis completamente loco!

Aquel día la joven actriz no ensayó bien, y recitó su papel con aire de distracción y de fastidio.

Cuando terminó el ensayo, volvió á decir á Felipe, mientras se ponía el abrigo:

—Habéis hecho una verdadera locura....; pero, en fin, eso no le importa á nadie más que á vos.

—Perdonad (dijo Felipe con energía); no os pido nada. He querido tener el gusto de vivir allí algún tiempo, y me parece que es un capricho que no tiene nada de ofensivo para vos.

—Hasta la vista,—dijo la joven sencamente.

Y partió.

Aquella noche representaba. Felipe comió sin gana en un restaurant del boulevard; después paseó su fastidio durante dos horas entre la Magdalena y la Bastilla, y acabó por entrar en el teatro.

Mary Gérald había salido de escena, y Felipe fué á llamar á la puerta de su cuarto.

—¿Quién está ahí?

—Yo, Boisvilliers.

—¡Ah! No estoy visible, amigo mío; no estoy visible. ¿Qué hay? ¿Qué queráis?

—¡Oh! Nada.... Sólo quería daros las buenas noches.

—Pues bien : ¡buenas noches!—
gritó la joven á través de la puerta.

Y añadió con su armoniosa risa.

—¡Buenas noches, caballero del pabellón!

Felipe llegó á su hotel, atravesando los dilatados y desiertos barrios que de él le separaban. Su criado, que hablando con el conserje se había ya hecho su amigo, le recibió alegremente.

—Señor (le dijo): habéis tenido una idea buenísima al veniros aquí.... ¡Esto es un verdadero paraíso! ¡Esto es magnífico!

—Me alegro que os guste tanto,—
dijo Felipe.

Apenas llegó á su cuarto, se arrojó sobre un diván, con el cuerpo abatido

y el alma y el corazón torturados, sintiendo á la vez, con toda la fuerza, con todo el ardor de su edad, las angustias de los desengaños, de las humillaciones, de las inquietudes, y, más aún que esto, los terribles sufrimientos que causan los desdenes de una criatura adorada.

Era muy tarde, cerca de las dos de la mañana, cuando el ruido de una discusión en voz baja que parecía tener lugar en la escalera, le sacó de estos dolorosos recuerdos; después que se apagó el murmullo de las voces, creyó oír un ligero ruido como de pasos sobre la alfombra. La puerta se abrió: Felipe se puso en pie, y distinguió confusamente, á pesar de su turbación, la fantástica sombra de una mujer. Un segundo después, y antes que hubiera podido reconocerla, Mary

Gérald estaba arrodillada ante él, con los ojos levantados y las manos juntas, diciéndole con la sonrisa en los labios:

—¡Aquí estoy!

V. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.E.M.

Mary Gérald no era una de esas mujeres cuya posesión había. Hermosa, elegantísima, era, no sólo por esto, sino por su profesión, por su talento, codiciada, envidiada lo suficiente para tener siempre el corazón de un amante ilusionado, inquieto, intranquilo. Aunque amara, aunque se hubiera entregado por completo á una pasión, á un capricho, no dejaba de ser la comedianta, el ser idolatrado, festejado cada